CARLOS VELÁZQUEZ
UN ESTUDIO SOBRE EL MAL

ROGELIO GARZA
MAESTRO BEETHOVEN

MIXAR LÓPEZ
ENTREVISTA A JOSÉ MARÍA YAZPIK

NÚM.271 SÁBADO 03.10.20

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

LA DISOLUCIÓN DEL ESTADO CULTURAL

ARIEL GONZÁLEZ
JOSÉ WOLDENBERG

1968: LA NOCHE DEL BAZUCAZO

J. M. SERVÍN

UN ESCRIBA DE GARCÍA PONCE

JOSÉ ANTONIO LUGO

Arte digital > A partir de Rufino Tamayo, *El Trovador*, óleo sobre lienzo, detalle, 1945 > Fuente > pinterest.com.mx > Mónica Pérez > **La Razón**

EC_271.indd 3 01/10/20 22:13

En menos de dos años de gobierno, la política de austeridad y reducción del aparato estatal ha cancelado diversas opciones que apoyaron o regularon la participación ciudadana en decisiones y asuntos estratégicos para la sociedad. Uno de los rubros castigados es el sector cultural. Con episodios virtuosos y penosos, el pacto que durante un siglo mantuvo el Estado que emanó de la Revolución como su promotor y difusor, de la mano de intelectuales y artistas, termina de un tajo con la llamada 4T. Esto es motivo de un malestar en la cultura mexicana, donde las pérdidas —el caso de los fideicomisos es el más reciente— hoy parecen irreversibles.

LA DISOLUCIÓN DEL ESTADO CULTURAL

ARIEL GONZÁLEZ
@ArielGonzlez

En cuanto escritores de nuestra actualidad, no estamos investidos de un cargo por la gracia de un rey o de un dios. No somos los mensajeros de lo absoluto, sino individuos con oído para las detonaciones de nuestra propia época.
PETER SLOTERDIJK

VOLVER A LA HISTORIA

Hace un siglo comenzó la construcción de lo que ahora reconocemos como el Estado Cultural mexicano. Fechar su aparición en 1920 no es arbitrario, toda vez que ese año, a pesar de no haber amainado la violenta polvareda levantada por la Revolución Mexicana, los legatarios de ésta en el poder formulan entre sus prioridades la educación y el reforzamiento de la identidad nacional a través de la movilización de un reducido pero resuelto contingente de intelectuales y artistas. A partir de ese momento serán ellos quienes asumirán, con más vehemencia que recursos, la conducción y el desarrollo de diversos proyectos dentro de la naciente estructura estatal posrevolucionaria.

> En 1920 —escribe Octavio Paz— la Revolución era joven y llamó a los jóvenes, sobre todo a los que sabían leer y escribir: el país había sido destruido y había que reconstruirlo o, más exactamente, construirlo, hacerlo de nuevo. Todos tenían la sensación de que otro México iba a nacer entre las cenizas del antiguo.[1]

Toda una generación de creadores y gente de letras se volcó hacia la empobrecida y todavía convulsa sociedad mexicana para llevar la palabra, las imágenes y la esperanza del cambio.

Afirmar, no obstante, que el Estado Cultural surgió de la nada sería tanto como mitologizarlo, pues obviamente tiene diversas raíces en los diferentes emprendimientos, publicaciones, asociaciones e iniciativas —ante todo privadas y luego públicas— que van por lo menos desde la Academia de Letrán (años treinta del siglo XIX), hasta la obra de los *científicos* en el Porfiriato. Pasan por distintas generaciones de creadores e intelectuales en un arco que arranca, luminoso, con los pensadores, escritores e ideólogos liberales de la República Restaurada, hasta los ateneístas y ese otro grupo que, más allá de Vasconcelos, será el artífice de algunas de las instituciones fundamentales del México moderno.

Enrique Krauze alguna vez definió el perfil de esa generación (la de 1915) y enlistó lo que fueron sus realizaciones:

Fuente > demuroamuro.mx

DIRECTORIO
El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter: @ElCulturalRazon
Roberto Diego Ortega
Director
@sanquintin_plus

Julia Santibáñez
Editora
@JSantibanez00
Facebook: @ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL
Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial › Adrian Castillo Coordinador de diseño › Carlos Mora Diseño › Armando S. Armenta
Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

Fuente > inba.gob.mx

Diego Rivera, *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, mural, detalle, 1947.

> Son hombres de fe razonada, no de entusiasmo indeterminado. Desechan la "violencia creadora" que acuñó Vasconcelos; se quedan con la creación. Como nuevos misioneros dejan en México la huella de sus fundaciones. El edificio institucional que habitamos es todavía el que ellos construyeron.[2]

Se refiere al Banco de México, institutos de Investigaciones Sociales, de Física, Antropología, Cardiología, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, por mencionar algunos que sirvieron a su vez para el surgimiento de otras muchas instituciones como el Conacyt y el CIDE, que hoy juegan un papel muy relevante en la investigación científica y social, y cuyos fideicomisos están siendo aniquilados de un plumazo por el actual gobierno.

DE LA CULTURA OFICIAL A LA CRÍTICA

De este entramado institucional surgió también un tipo de relación singular entre el poder y los intelectuales que tendrá en su desarrollo lo mismo coincidencias que diferencias, proximidades y tensiones, afinidades y desencuentros que irán de la mano de las dos principales tendencias que se configuran muy claramente desde los años veinte y treinta del siglo XX en la cultura: cosmopolitismo y nacionalismo.

Es innegable que en esa primera etapa la producción de una cultura oficial —la exaltación del pasado prehispánico, los baluartes artísticos del país, las gestas heroicas y los mitos que circundan la grandeza nacional— dominó en buena medida la relación del Estado con los intelectuales y artistas.

Ya la República Restaurada (1867-1876) había conocido los antecedentes de una cultura oficial, pero sin duda el nacionalismo revolucionario tuvo otros alcances, luces y sombras que devendrán obstáculo o sometimiento abierto para el ejercicio de la crítica. El mundo agrario, en primer lugar, y luego el creciente ámbito proletario conforman ese mitológico *pueblo* que el autoritarismo político y aun los sectores acomodados no dejarán de explotar real y discursivamente.

El enlace entre intelectuales y poder asigna a los primeros la tarea de divulgar y sobre todo loar la obra cultural de la Revolución Mexicana. En ese ambiente, tal y como lo señala Ricardo Pérez Montfort,

> ... raros fueron los casos de los creadores que se mantuvieron independientes del Estado. Desde las esferas del gobierno se promovió, se premió o se marginó tanto a pintores como escritores, a músicos y teatreros, a bailarines y cineastas.[3]

Al tiempo que el presidencialismo autoritario ("y popular") se despliega, la disidencia intelectual y artística busca o genera espacios propios. Estas experiencias no siempre tienen un final feliz, pero son indicativas del propósito de un sector de la inteligencia para romper la unanimidad oficial o bien, simplemente, para ejercer su libertad artística e intelectual. Un caso ejemplar es la revista *Examen*, que a raíz de la publicación de unos fragmentos de la novela *Cariátide*, de Rubén Salazar Mallén, enfrentará un juicio por "faltas a la moral".

Examen no puede publicar más que tres números. Cierra en 1932 y desemboca en la renuncia de Jorge Cuesta (director de la revista) a la Secretaría de Educación Pública. Exhibiendo el odioso elitismo del que tanto abominan los intelectuales oficialistas, Cuesta se burlará de las circunstancias que rodean la mojigata persecución que lo llevó hasta los tribunales (donde resultó absuelto):

> Debo advertir, aunque sea ocioso para nuestros lectores, que *Examen* es una revista que sólo circula entre un reducido grupo de personas inteligentes [...] que la novela publicada no pertenece a una clase literaria diferente a la que llena sus páginas, esto es, la más seria y la más impopular, y que por consecuencia, nunca se pretendió que esta novela llamara la atención del vulgo.[4]

"EL PAÍS SE HIZO MÁS PLURAL, Y EL ESTADO MEXICANO LO TUVO QUE IR ACEPTANDO, NO SIN REPAROS NI TRANCES REPRESIVOS QUE MARCARON LA ETAPA PREVIA A LA REFORMA POLÍTICA".

El caso de *Examen* —como otras experiencias de censura o abierta persecución que tendrán lugar en las décadas siguientes— muestra los *límites* del gremio intelectual frente a un Estado que ya empieza a ser el "ogro filantrópico" que definirá Octavio Paz: una burocracia no monolítica, ciertamente, que se debate entre "rivalidad, complicidad, alianzas y rupturas", para sostener un régimen de partido único de carácter patrimonialista, y que se cree dueño también de la cultura. Sin embargo, también es un caso que anticipa el horizonte que otearía Octavio Paz a finales de los años setenta: "Por fortuna, México es una sociedad más y más plural y el ejercicio de la crítica —único antídoto contra las ortodoxias ideológicas— crece a medida que el país se diversifica".[5]

El país, efectivamente, se hizo más plural y diverso, y el Estado mexicano lo tuvo que ir aceptando, no sin reparos ni trances violentos y represivos que marcaron la etapa previa a la reforma política.

DOS REVISTAS *CONSERVADORAS*

Luego del sangriento episodio del 2 de octubre de 1968, la crítica se abrió paso en los años setenta desde una plataforma inherente al mundo cultural, el periodismo. Del golpe a *Excélsior* emergerán varios proyectos que cambiarán para siempre la conversación pública: *Proceso*, *Vuelta* y *Unomásuno* reanimarán la exigencia de reformar la vida política nacional y abrigarán múltiples espacios de crítica en todos los terrenos. Poco después, *Nexos* profundizará el debate en esta dirección, convocando particularmente a la izquierda universitaria y generando un renovado interés por la historia y los estudios políticos, sociales y económicos que han sido claves en nuestra transición democrática.

No obstante, en la *Nueva Historia General de México* se comenta:

> En 1976, bajo la tutela de Octavio Paz, surgió *Vuelta*, que terminó con

"MÁS ALLÁ DE LAS BECAS, EL AMBIENTE QUE YA SE HABÍA ESTABLECIDO DESDE HACE AL MENOS TRES DÉCADAS ERA UNO DONDE, COMO APUNTA RAFAEL ROJAS, 'NO SÓLO HABÍA DISENSO Y CRÍTICA DESDE INSTITUCIONES Y EDITORIALES FINANCIADAS POR EL GOBIERNO'".

la muerte de su fundador, pero tuvo como sucesora inmediata a *Letras Libres*, bajo la dirección de Enrique Krauze. Desde una perspectiva ligeramente distinta, menos conservadora, se mantiene *Nexos*, revista fundada en 1978.[6]

Es interesante la caracterización que hicieron los autores (Graciela Márquez, actual secretaria de Economía, y Lorenzo Meyer), de *Letras Libres* y *Nexos*: ésta "menos conservadora" que la primera. Si bien el apartado que elaboraron sobre la cultura es un mero recuento de obras, autores y premios, a la manera de un almanaque, sorprende que las dos publicaciones que trajeron en este periodo (y hasta hoy, por fortuna) más ideas frescas en el terreno de la crítica cultural y la literatura, así como del pensamiento político nacional e internacional, sean vistas como *conservadoras*, una "menos" que la otra.

La más somera revisión de las temáticas y los autores que ambas publicaciones han reunido en sus páginas, a lo largo de su existencia, bastaría para apreciar su contribución al ensanchamiento del horizonte crítico nacional y a algunos de los debates que siguen marcando la agenda pública: desigualdad y pobreza, feminismo, vida democrática, investigación científica, TLC, libertades, violencia, medio ambiente y un largo etcétera.

Conservadoras es como vuelven a ser definidas, pero ahora por el presidente López Obrador, anunciándose así el retorno hacia un pasado autoritario en el que las amenazas y la censura (a través de diversos controles, como el papel o la publicidad) fueron el sello distintivo.

ESTIGMATIZACIÓN Y DESMANTELAMIENTO

Junto a la globalización que transformó las nociones de lo local y lo nacional llegaron las nuevas tecnologías que nos instalaron en la hipercomunicación. Fue en ese marco de los años noventa cuando surgió el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, antecedente inmediato de lo que es hoy la Secretaría de Cultura, y un instrumento que vino a dar un nuevo dinamismo e incluso certidumbre a muchos artistas y creadores, el Fonca.

Este Fondo Nacional para la Cultura y las Artes nació con la leyenda negra de haber sido creado por el régimen de Carlos Salinas de Gortari para cooptar políticamente a la inteligencia nacional. Lo cierto es que este objetivo, si existió, nunca se materializó. Por el contrario, la heterogeneidad de los que han alcanzado una beca ha sido proverbial y el balance histórico, con todos los defectos y problemas que se han ventilado cada vez que se debate la existencia del Fonca, ha sido positivo sobre todo cuando se considera que muchas novelas, traducciones, poemas, intervenciones, esculturas y pinturas, obras de teatro y filmes, entre otras expresiones artísticas, no se habrían concretado sin su apoyo.

Pero más allá de las becas, el ambiente que ya se había establecido desde hace al menos tres décadas era uno donde, como apunta Rafael Rojas, "no sólo había disenso y crítica desde instituciones y editoriales financiadas por el gobierno. También existía una red de periódicos y canales de radio, cine y televisión que, con apoyo del Estado, facilitaban el debate de ideas".[7]

Mientras escribo esto parece inminente la desaparición o drástica disminución presupuestal de un conjunto de fideicomisos que dan soporte a buena parte de la investigación científica del país. Jean Meyer acaba de evocar, acaso de forma premonitoria, la siniestra respuesta que se le dio a Antoine Lavoisier cuando, habiendo sido condenado a la guillotina, solicitó permiso para culminar un experimento: "La república no necesita científicos".[8]

La 4T tampoco, por eso sus legisladores han aprobado la extinción de más de cien fideicomisos relacionados con ciencia y tecnología, dejando sin recursos a 26 centros de investigación

NEXOS Y *LETRAS LIBRES*

JOSÉ WOLDENBERG

Sin orden ni concierto, sin jerarquía ninguna, con una buena dosis de mala memoria, consultando algunos ejemplares al azar, estos son algunos de los autores que han publicado en *Nexos* y *Letras Libres* y que han alimentado nuestra conversación pública (y por supuesto varios han escrito en ambas revistas). Faltan demasiados.

Nexos (1978): Enrique Florescano, Gilberto Guevara Niebla, Rolando Cordera, Carlos Pereyra, Soledad Loaeza, Arnaldo Córdova, Arturo Warman, Carlos Monsiváis, Luis González de Alba, José María Pérez Gay, José Joaquín Blanco, Luis Miguel Aguilar, Adolfo Gilly, Ángeles Mastretta, José Emilio Pacheco, Carlos Tello Macías, José Carreño Carlón, Sergio Zermeño, Fernando Escalante, Ignacio Almada, Lourdes Arizpe, Luis Villoro, José Warman, Antonio Saborit, Roberto Diego Ortega, Ruy Pérez Tamayo, Marta Lamas, Rafael Pérez Gay, Rogelio Naranjo, El Fisgón, Yolanda Moreno, Lorenzo Meyer, Rodrigo Martínez Baracs, Cinna Lomnitz, John Womack, Manuel Puig, Cuauhtémoc Cárdenas, Friedrich Katz, Aurora Loyo, Julio Frenk, Manuel Fernández Perea, Gustavo García, Jean Franco, Norbert Elías, Saúl Escobar, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Sergio Aguayo, Arturo Whaley, Raúl Trejo Delarbre, Jesús Silva-Herzog Márquez, Claudio Lomnitz, Natalia Mendoza, José Antonio Aguilar Rivera, Leo Zuckerman, Carlos Tello Díaz, María Amparo Casar, Thomas Piketty, Esteban Illades, Kathya Millares, José Agustín,

Hermann Bellinghausen, David Barkin, Jordi Borja, Elías Canetti, Pedro Vuskovic, Álvaro Uribe, Esperanza Tuñón, María Novaro, Yolanda Moreno Rivas, Alejandra Moreno Toscano, Julia Carabias, Cassio Luiselli, Mario Huacuja, Gustavo Gordillo, Víctor Manuel Mendiola, Sergio González Rodríguez, Guillermo Fadanelli, Brenda Lozano, Margarita González Gamio, Olac Fuentes Molinar, Sergio Bagú, Alberto Román, Carlos Arriola, Arnoldo Kraus, Jorge Bustamante, Alfredo Camahji, Clemente Ruiz, Víctor Manuel Toledo, Pablo González Casanova, Elena Poniatowska, José Manuel Fortuny, Ricardo Becerra, José Merino, Gerardo Esquivel, Diego Castañeda, Jorge Castañeda, Irene Herner, Etgar Keret, Carlos Martínez Assad, Lorenzo Córdova, Ricardo Bada, Saúl López Noriega, Santiago Gamboa, Claudio López-Guerra, Alejandro Hope, Héctor de Mauleón, Teresa Zerón, Hugo García Michel, Jaime Ros, Eduardo Guerrero, José Ramón Cossío, Mario Arriagada, Carlos Puig, Jorge Javier Romero, Delia Juárez G.,

y dañando directamente el trabajo de cientos de mujeres y hombres de ciencia en el país.

LA DISOLUCIÓN

La trayectoria del Estado Cultural mexicano es compleja y rica en matices. En muchos momentos, su crecimiento y desarrollo ha tomado la delantera con respecto a otros espacios institucionales. No es extraño, si consideramos la naturaleza de sus actividades y la savia que las alimenta: ideas, imaginación, diálogo, diversidad, poderes inmateriales todos que confluyen en la creatividad y talento de nuestros artistas, poetas, escritores y ensayistas.

No podemos idealizar el desarrollo del Estado Cultural, pero es un hecho que se trata de una de las mejores edificaciones institucionales del último siglo, sobre todo por su pluralidad y capacidad para representar los diversos intereses y perspectivas que necesariamente se confrontan en el terreno de las ideas y el quehacer cultural.

Nunca ha sido generoso el presupuesto de este sector y nunca tampoco se ha alcanzado siquiera el recomendado internacionalmente para apoyar la investigación científica. Es cierto, pero ahora sobre esas deficiencias se profundiza la centralización presupuestal (obstinada en sacar adelante el megaproyecto de Chapultepec, una suerte de Dos Bocas en el terreno cultural) y se decide la eliminación de los fideicomisos para la ciencia, mientras se prosigue con una política cultural plagada de acciones propagandísticas que privilegian la "cultura comunitaria", antes

Fuente > upf.edu

Jorge Cuesta (1903-1942).

que las necesidades de los artistas y los promotores culturales.

Infortunadamente, la disolución del Estado Cultural está en marcha. Se lo destruye no para sustituirlo por otro modelo de largo aliento, sino para secundar la lógica de desmantelamiento que ya se aplica frente al conjunto del aparato estatal y para obedecer los dictados ideológicos de la Presidencia de la República: primero los pobres, es decir, las clientelas que son la preocupación fundamental de su proyecto; y primero, también, los elefantes blancos y megalodontes de su administración.

Duele el estancamiento institucional, las oficinas como cascarones fantasmales sin proyecto, la improvisación y las tareas inútiles. Indigna la regresión burocrática y autoritaria que castiga —en el espacio mismo de la cultura, para nuestro horror— la disidencia crítica y premia el servilismo y la obsecuencia. Pero más grave y lastimoso aún es el antiintelectualismo echado a andar, porque cultiva un resentimiento que se acerca peligrosamente al fascismo. Y como todos sabemos, o deberíamos saber, no hay cultura y arte libres que puedan florecer en este entorno.

Notas

[1] Octavio Paz, "Las ilusiones y las convicciones", en *México en la obra de Octavio Paz*, FCE, México, 1987, p. 339.

[2] Enrique Krauze, "Los temples de la cultura", en *Los intelectuales y el poder en México: memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses. Intellectuals and Power in Mexico*, coordinadores: Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez, El Colegio de Mexico / University of California, México, Los Ángeles, 1991, p. 586.

[3] Ricardo Pérez Montfort, "La cultura", en *1930-1960. México. Mirando hacia dentro*, tomo 4, Colección América Latina en la historia contemporánea, Fundación Mapfre-Taurus, Madrid, 2012, p. 279.

[4] Víctor Peláez Cuesta, *Jorge Cuesta. Entre poesía y crítica*, Instituto Veracruzano de la Cultura / Secretaría de Cultura, México, 2018, p. 149.

[5] Octavio Paz, "El ogro filantrópico", en *México en la obra de Octavio Paz*, *op. cit.*, p. 323.

[6] Graciela Márquez y Lorenzo Meyer, "Del autoritarismo agotado a la democracia frágil, 1985-2010", en *Nueva historia general de México*, varios autores, El Colegio de México, México, 2010, p. 773.

[7] Rafael Rojas, "¿Se derrumba el Estado Cultural mexicano?", *The New York Times*, 26 de agosto, 2020.

[8] Jean Meyer, "La república no necesita científicos", *El Universal*, 27 de septiembre, 2020.

David Miklos, Luis Emilio Giménez-Cacho, Haruki Murakami, Alberto Ruy Sánchez, Marco Estrada Saavedra, Margarito Cuéllar, Viridiana Ríos, Roberto Saviano, Jon Lee Anderson, Denise Maerker, Luis Rubio, Ariel Rodríguez Kuri, Andrés Lajous, Ana Sofía Rodríguez, Carlos Illades, Pedro Salazar, Roberto Breña, Edith Negrín, Sabina Berman, Guadalupe Nettel, Leonardo Padura, Roberto Pliego, Armando González Torres, Ciro Murayama, Sergio Ramírez, Anthony Giddens, Ludolfo Paramio, Luis Salazar, Susan Sontag, Ermanno Vitale, Miguel Ángel Bovero, José Luis Cebrián, V. S. Naipaul, Héctor Aguilar Camín y tantos más.

Letras Libres (1999): Gabriel Zaid, Guillermo Sheridan, Christopher Domínguez Michael, Alejandro Rossi, José de la Colina, Roger Bartra, Enrique Serna, Hugo Hiriart, Aurelio Asiain, Adolfo Castañón, Luis Ignacio Helguera, Enrique Vila-Matas, Fernanda Solórzano, Juan Pedro Viqueira, Juan Villoro, Jean Meyer, Álvaro Enrigue, Isabel Turrent, Tedi López Mills, Salvador Elizondo, Julio Trujillo, Rafael Rojas, Ricardo Cayuela, David Huerta, Javier Marías, Alma Guillermoprieto, Antonio Deltoro, Fernando del Paso, Coral Bracho, Pete Hamill, Fernando García Ramírez, Vladimir Nabokov, Mario Vargas Llosa,

Juan Gustavo Cobo Borda, Serge Gruzinski, Juan José Reyes, Josué Sáenz, Eduardo Mitre, Fabio Morábito, Jaime Moreno Villarreal, Carmen Boullosa, León Krauze, Julio Hubard, Antonio Ortuño, Geney Beltrán, Malva Flores, Jorge Edwards, Paul Berman, Jennifer Clement, Héctor Abad Faciolince, Laura Emilia Pacheco, Pablo Soler Frost, Jorge F. Hernández, Alberto Ruy Sánchez, Daniel Gascón, Mónica Nepote, Daniel Krauze, Antonio Elorza, Yoani Sánchez, Ricardo Piglia, Danubio Torres Fierro, Patricio Pron, Carlos Chimal, Daniel Bell, Jorge Edwards, Seamus Heaney, José Luis Cuevas, Maite Rico, Bertrand de la Grange, Lelia Driben, Michael Ignatieff, Reinaldo Arenas, Amartya Sen, Hans Magnus Enzensberger, David Rieff, Héctor Manjarrez, Antonio Lazcano Araujo, Angelina Muñiz-Huberman, Carlos Bravo Regidor, Bernardo Esquinca, Alberto Barrera Tyszka, Bruno H. Piché, Daniela Tarazona, Tomás Granados Salinas, Bernardo Fernández BEF, Mauricio Montiel, Rafael Lemus, Luigi Amara, Ana Clavel, Ibsen Martínez, Hernán Bravo Varela, Valeria Luiselli, Ana García Bergua, Joseph Brodsky, Ted Hughes, María Minera, Eduardo Matos Moctezuma, J. M. G. Le Clézio, Salvador Elizondo, Noé Cárdenas, Jorge Ibargüengoitia, Antonio Navalón, Armando González Torres, Regina Tamés, Elsa Cross, Ana Pecova, Gabriela Cano, Karla Sánchez, John Keane, Samuel Brunk, Arturo Sarukhán, Verónica Bujeiro, Gilles Bataillon, Andrés Ordóñez, Manuel Arias Maldonado, Eduardo Lizalde, Rodrigo Fresán, David Medina Portillo, Patricia Vega, Alfredo Ávila, Rebeca Villalobos Álvarez, Elisa Cárdenas, Estefanía Vela, Javier Aparicio, Moisés Naím, Carlos Elizondo, Francisco González Crussí, Julia Tagüeña, Verónica Volkow, Sandra Barba, David Lida, José Kozer, Gerardo Deniz, John H. Elliott, Manuel Aznar Soler, Mariana Enríquez, Fabienne Bradu, Daniela Gleizer, Erika Pani, Pablo Sol Mora, Mercedes Cabrián, Eduardo Huchín Sosa, Enrique Krauze y muchos más.

Idea tomada de Ivabelle Arroyo

En este adelanto de su novela inédita, Mi vida no tan secreta, *el autor recrea la tarde del 28 de agosto de 1968 y las horas siguientes, una jornada crucial del Movimiento Estudiantil de aquel año. Con el tristemente célebre derribo del portón —siglo XVIII— de la Preparatoria 1, en el Antiguo Colegio San Ildefonso, la fuerza pública, y en particular el Ejército, optaron por la escalada represiva contra los manifestantes. Ayer se recordaron los 52 años de la Noche de Tlatelolco, semanas después de este episodio. Ninguno de los dos se olvida.*

1968: LA NOCHE DEL BAZUCAZO

J. M. SERVÍN

Para Gerardo Cortés Macías y doña Lucy (qepd)

Me escabullí de la chamba a las dos en punto. Era un jueves de 1988 y yo trabajaba como mensajero en Banco Mexicano Somex, en Reforma 213.

Caminé por Reforma en dirección al Zócalo y llegué a la Catedral con media hora de adelanto a la cita con mi hermano Tamayo. Me seguí a la cervecería Kloster, en la calle de Cuba casi con Allende, me bebí dos bolas de cerveza oscura y volví al lugar de mi encuentro.

Cuando llegué a las afueras del atrio, Tamayo salía del metro por el acceso a la Catedral. Me hizo una seña con la mano que apretaba doblado su *Esto*.

—Pura gentuza —dijo como saludo—. Vente, es buena hora.

Caminamos hacia el norte por Brasil, a media calle de Donceles pasamos por el Bar León y luego por un expendio de aguardientes que vendía a granel con una pequeña barra para probar sus mezcales; en el Bar León, Sofía y Yayo pasaban noches enteras en compañía de amigos incombustibles. Mi hermana y mi cuñado vivían en un departamento enorme en el tercer piso del 90 de la calle Donceles, edificio vecino del Café Río, propiedad de una señora libanesa y sus hijas. Las apodaban *Las narizonas*.

Papá Ricardo, un español emigrado a México en el 39, era dueño de la cantina Chiapas, casi en la esquina de Justo Sierra y Argentina. Era padre biológico de Yayo. Siempre procuró a su hijo, incluso cuando ya estaba casado con Sofía. Por esas casualidades de la vida mi padre y Papá Ricardo eran viejos conocidos, eso lo supimos hasta que ambos se encontraron la noche en que Yayo vino a nuestra casa en Infiernavit a pedir a mi hermana, acompañado de su padre.

Dimos vuelta en Justo Sierra y pasamos por un viejo edificio de departamentos en el número 15, con la entrada sepultada por puestos ambulantes y cajas de cartón con mercancía.

—¿Sabes quién vivía aquí? —me preguntó Tamayo.

—Sí —dije seguro.

Lucy, Yayo y su tío Jaime vivían en el número 8, frente a uno de los accesos a la Escuela Nacional Preparatoria 1. Lucy trabajaba como secretaria en las oficinas generales del banco Longoria. Yayo cursaba el primer año en la Secundaria 7, ubicada en 5 de Febrero e Izazaga. Jaime era sobrecargo de aerolíneas Braniff. Todas las mañanas Lucy iba a dejar a su hijo a la entrada de la escuela antes de abordar un taxi a Reforma que la condujera a su empleo. Lucy era una mujer desprejuiciada y mundana con pretendientes para elegir. Ni dios ni marido, decía orgullosa de su independencia cuando le proponían matrimonio. Yayo y su madre llevaban una relación de mucha camaradería y complicidad, más de hermanos que se quieren y respetan. Lucy tenía treinta y tres años, Jaime treinta y Yayo trece. En la familia Cortés no se acostumbraban los besos ni los abrazos, el amor filial se expresaba con una solidaridad pachanguera que hacían extensiva a los demás.

A las cinco de la tarde de aquel 28 de agosto de 1968 se llevó a cabo la tercera manifestación estudiantil en la plaza del Zócalo. Media hora después se habían reunido entre 200 y 400 mil estudiantes, según las estimaciones imprecisas de los medios informativos. El mitin transcurrió sin incidentes pese a su duración. Participaron seis oradores por cada una de las demandas del pliego petitorio. Habían transcurrido 37 días desde el inicio del movimiento. Durante la manifestación del día 27, el Consejo Nacional de Huelga decidió ocupar la plancha del Zócalo hasta la solución del conflicto.

> "UN CONTINGENTE POLICIACO INCURSIONÓ EN LA ZONA. EL ATAQUE CON GASES LACRIMÓGENOS FUE REPELIDO CON PIEDRAS, BOMBAS MOLOTOV Y QUEMANDO AUTOBUSES ESCOLARES COMO BARRICADAS".

Pero el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz estaba decidido a endurecer su postura ante los justos y pacíficos reclamos de los jóvenes y ordenó su desalojo. Pasadas las diez de la noche la manifestación fue dispersada por los granaderos y muchos manifestantes corrieron a refugiarse al barrio universitario, a unas calles de ahí.

En ese momento el Centro de la capital del país se convirtió en la sede de una heroica resistencia en pie de lucha, apoyada por los vecinos.

Un buen número de estudiantes se atrincheró en la Preparatoria 1. Montaron barricadas en los accesos de San Ildefonso y Justo Sierra. Los vecinos les alertaron que los soldados iban por ellos. Un enorme contingente policiaco incursionó en la zona controlada por los estudiantes, para reprimirlos con violencia. El ataque con gases lacrimógenos y macanazos fue repelido con piedras, bombas molotov y quemando autobuses escolares utilizados como barricadas. Para entonces, desde el Campo Militar Número 1 se desplegaba un destacamento de soldados hacia el Centro Histórico.

Durante los enfrentamientos, los estudiantes hicieron tañer las campanas de la Catedral para advertir a la ciudadanía de lo que ocurría en los alrededores de San Ildefonso. El Zócalo estaba a oscuras por instrucciones del regente, Alfonso Corona del Rosal.

Cuando el Ejército llegó a la zona lanzó un ultimátum a quienes resistían dentro del plantel. Al no obtener respuesta, un bazucazo derribó las puertas en las entradas de San Ildefonso y Justo Sierra. Los estudiantes habían atrancado las dos entradas de la Preparatoria 1 y durante los enfrentamientos muchos huyeron por las azoteas de los edificios aledaños.

Los soldados irrumpieron en el plantel pasando por encima de las barricadas. Oficialmente se reconocieron ocho muertos, un número incuantificable de heridos y detenidos, todos ellos estudiantes.

El 27 de agosto, luego del segundo mitin, el Consejo General de Huelga

izó la bandera rojinegra en el asta de la Plaza Mayor. Por la noche llegó al Zócalo un destacamento castrense respaldado por bomberos y fuerzas policiacas. Al mando del general Benjamín Reyes García, comandante de la Primera Zona Militar, iba un batallón de paracaidistas, los batallones 43 y 44 de infantería, 12 carros blindados de Guardias Presidenciales, cuatro carros de bomberos, 150 patrullas y cuatro batallones de policías de tránsito. El operativo era para combatir una revuelta armada y no para disuadir a estudiantes indefensos.

El regimiento se estacionó frente a Palacio Nacional y de una tanqueta bajó el general con un altavoz para dirigirse a los estudiantes:

—Tienen cinco minutos para abandonar la Plaza de la Constitución. Se les dejó hacer su mitin. Han estado demasiado tiempo aquí y no se puede permitir que la plaza, para usos comunes, sea dedicada a otros menesteres.

Uno de los líderes estudiantiles lo impugnó decidido:

—Es nuestra plaza, la hemos ganado y no la vamos a abandonar.

Estallaron gritos de apoyo de parte de sus compañeros pero de los altavoces instalados frente a Catedral se escuchó a todo volumen el himno nacional, al tiempo que comenzaron a arder miles de antorchas hechas con rollos de papel y mantas con consignas. Por unos instantes destellos de luz dorada y chispeante iluminaron los rostros de cientos de jóvenes que como deidades trágicas retaban los alcances del poder represor al que se oponían.

Una vez que se cumplió el plazo de cinco minutos, las fuerzas castrenses avanzaron para tender un cerco contra los huelguistas.

Los estudiantes gritaban "¡orden!" para animarse entre ellos y se sentaron en el suelo para aplaudir. Pero ante lo inevitable minutos después inició la desbandada. Un grupo nutrido de estudiantes salió huyendo por la calle de Madero al tiempo que gritaba "¡Libertad, México, libertad!". A su paso volcaron un automóvil particular para convertirlo en barricada. Ahí comenzaron los primeros enfrentamientos, que se radicalizarían dos días después.

A la altura de la Torre Latinoamericana, los estudiantes se dieron tiempo para armar un breve mitin y denunciar la represión, pero en cuanto vieron acercarse a los soldados corrieron hacia Avenida Juárez para reagruparse en la Alameda Central. Otros compañeros llegaron al cruce de Juárez y Bucareli para dirigirse a la glorieta de Colón sobre el Paseo de la Reforma, donde comenzaron a avanzar en un contingente compacto y numeroso, exigiendo un alto a la represión.

A ESO DE LAS diez y media de la noche del día 28, Jaime se asomó al balcón de su departamento y dejó de preguntarse por quién doblan las campanas de la Catedral, algo inusual a esas horas. Observó horrorizado lo que ocurría a lo largo de la calle Justo Sierra. Conocía perfectamente la Catedral y sus secretos gracias a sus buenos contactos entre el alto clero que administraba el templo. El arzobispo Corripio Ahumada era pariente lejano de la familia y llevaba buena relación con Jaime, a quien consideraba buen católico pese a que no escondía su homosexualidad, en abierto cuestionamiento a la secrecía clerical sobre el tema.

Fuente > es.wikipedia.org

El ejército en el Zócalo, 28 de agosto de 1968.

"EN EL PATIO HABÍA UN POSTE CON LAS CAJAS DE ELECTRICIDAD DE LAS POTENTES LÁMPARAS QUE ILUMINABAN LA CATEDRAL. SIN DUDARLO SUBIÓ LOS *SWITCHES*. ERA UNA ESPONTÁNEA MUESTRA DE APOYO CONTRA LOS ABUSOS DEL GOBIERNO".

En un momento de calma chicha Jaime decidió apoyar a su modo a los estudiantes acorralados. Bajó a la calle y escabulléndose del control militar y policiaco, caminó hacia la calle de Argentina en busca del costado oriente de la iglesia, en la esquina con Guatemala, ahí había una discreta puerta de hierro sin candado que podía abrirse fácilmente. Cruzó la construcción por detrás hasta llegar al lado poniente, donde está la sacristía y las oficinas. En el patio había un poste de madera con las cajas de electricidad de las potentes lámparas que iluminaban la Catedral. Sin dudarlo subió los *switches*.

Era una espontánea muestra de apoyo contra los abusos e intolerancia del gobierno. Contra una sociedad hipócrita y autoritaria. Durante cinco lapsos de cinco minutos prendió y apagó la iluminación. Antes de irse dejó prendido el alumbrado. En todo ese tiempo lo acompañaron alaridos de júbilo y aplausos por parte de los huelguistas que comenzaron a gritar porras a la universidad y proclamas en favor de su movimiento. El Zócalo se llenó de una brava energía que estimuló a Jaime durante el anónimo regreso a su domicilio. De camino prendió un Chesterfield y a sus espaldas escuchó un "Goya" más. Se preparaba para contarle los detalles a Lucy y a su sobrino, mudos del miedo. Al llegar a Justo Sierra dio las buenas noches a los soldados que encontró a su paso.

Nadie podía imaginar que ese adulto en fina bata de casa y pantuflas, que se había avejentado prematuramente por el cigarrillo y la alopecia, pudiera simpatizar con los insurrectos. Su sueldo como sobrecargo le permitía vestir bien, llevar un ahorro que quince años después, ya jubilado, usó para comprar un departamento en Donceles y abrir un próspero negocio de enmarcado dentro del Pasaje Catedral. Como la mayoría de sus vecinos, amaba su barrio y estaba orgulloso del ambiente estudiantil animado por las numerosas cantinas de la zona, entre ellas el famoso Chiapas, propiedad de Papá Ricardo. Jaime se sentía identificado con la intolerancia y la represión que sufrían los estudiantes. Él mismo las evitaba disimulando sus preferencias sexuales y se manejaba con un bajo perfil que no le impedía emprender acciones temerarias.

AL TÉRMINO del operativo militar del día 27, el general Reyes García se apersonó en el viejo edificio del Ayuntamiento capitalino para darle el parte al regente del Departamento del Distrito Federal. El gobierno declaró a los medios que la acción de los militares fue pacífica y que habían recuperado la Plaza del Zócalo.

Mentira. El gobierno trataba de deslegitimar el movimiento propagando entre la opinión pública que no representaba a la sociedad mexicana y que era parte de una conjura internacional desde Moscú. Alrededor de las tres de la mañana del día 29, un destacamento del Ejército cercó las calles de San Ildefonso y Justo Sierra para asaltar a sangre y fuego los dos accesos a la Preparatoria 1. Iban tras los estudiantes que se habían refugiado de la represión en el Zócalo. Los sometieron a macanazos, con gas lacrimógeno, disparos y culatazos. Decenas de ellos fueron detenidos para luego llevarlos al

Campo Militar Número 1. No se sabe qué fue de ellos. Los portones de madera del siglo XVIII fueron destruidos por los cañonazos de las tanquetas. Ocho muertos y decenas de heridos quedaron regados en el patio del plantel y en las afueras.

Un buen número de estudiantes había tratado de impedir el ingreso de los militares, empujando sus cuerpos contra los portones. Muchos otros que habían logrado mantenerse ilesos fueron sometidos a culatazos y arrastrados a los camiones del Ejército. Un número incalculable de estudiantes terminó en los separos de la delegación de policía 1 en la Plaza del Estudiante, entre Apartado y el Carmen.

El estruendo de los cañonazos estalló los vidrios del edificio donde vivía Jaime con su familia. Se refugiaron en la cocina y Yayo fue a ocultarse en cuclillas a un costado del refri. Lucy no lo sospechaba, pero para entonces su consentido hijo tenía novia y le daba por fumar después de las clases en compañía de algunos compañeros de aula. Se refugiaban en el patio de la vecindad donde vivía uno de sus condiscípulos más destacados de la secundaria, El Chore, hijo de comerciantes de La Merced. Once años después, Lucy le compraría un Super Bee con el que llegaba a buscar a mi hermana a Infiernavit. Para entonces ya tenía un estilo caifanesco de vestir y le gustaba apretar el acelerador de su deportivo nuevo para que el potente motor de ocho cilindros dejara salir por el escape un rugido presuntuoso. Los primos de Yayo de la Portales lo apodaban *el Farol*.

Minutos después se oyeron disparos lejanos y gritos en la calle. Decidieron salir a asomarse y tirados boca abajo en el balcón de su departamento, atestiguaron el violento conflicto en el plantel de enfrente. El olor a pólvora y los gases lacrimógenos apenas les permitían respirar. Justo Sierra estaba convertido en un campo de guerra con tanquetas bloqueando las calles. A oscuras y cubriéndose con paños húmedos la nariz, Yayo, Lucy y Jaime oían trepar de la calle gritos de dolor o imperiosos llenos de insultos, sirenas de ambulancias, pisadas de militares en persecución y de civiles corriendo para ponerse a salvo. De los balcones brotaban reclamos: "¡Déjenlos, están indefensos!, ¡asesinos!, ¡abusivos!, ¡no están haciendo nada malo!". Fueron acallados con disparos de rifle dirigidos como amenaza a las fachadas.

> "AQUÍ NO SE RINDE NADIE O NOS CARGA LA CHINGADA A TODOS, DIJO. SE HIZO EL SILENCIO Y COMENZÓ A APILAR A LOS ESTUDIANTES DE TRES EN TRES EN EL PISO DE LA RECÁMARA".

El hermano mayor de Lucy, Hernán, rentaba un departamento de soltero en el número 27 de la misma calle. Se dio cuenta de que un grupo grande de muchachos se metía a su edificio y poco después los oyó subir a la azotea. De inmediato fue a socorrerlos, antes de que saltaran hacia abajo los tres metros que los separaban de la azotea del edificio vecino. Los metió en su pequeño departamento. Eran alrededor de treinta. A gritos le pedían que no le abriera a los militares que ya ingresaban a los edificios y comercios para catearlos. Hernán logró calmar a los muchachos luego de advertirles que si seguían gritando los escucharían y vendrían por ellos. Fue a su recámara y regresó con una pistola escuadra. Aquí no se rinde nadie o nos carga la chingada a todos, dijo. Se hizo el silencio y comenzó a apilar a los estudiantes de tres en tres en el piso de la recámara. Algunos de ellos se orinaron de miedo sobre sus compañeros.

Al poco rato se escucharon fuertes toquidos en la puerta y pasos marciales subiendo las escaleras del edificio. ¡Abran! Gritó una voz intimidante. Hernán corrió a la recámara para ponerse su pijama, escondió el arma fajada detrás del calzón, se desgreñó y fue a abrir. ¿Qué quieren aquí?, preguntó apenas abriendo la puerta lo suficiente para mostrarle su rostro al sargento del Ejército. Con la mano derecha sostenía firme la empuñadura de su pistola. Estamos buscando a un grupo de revoltosos, son de peligro. Aquí no hay nadie, ¿yo qué voy a saber?, estoy muy cansado y entro muy temprano a trabajar, déjeme en paz por favor. Hernán le mostró al militar una credencial apócrifa con foto que lo acreditaba como *supervisor* de Nacional Azucarera. El soldado lo miró a los ojos con desconfianza, luego se disculpó antes de seguir con su rastreo en el piso siguiente. Hernán era un solterón mujeriego y apostador, el arma no estaba en su domicilio para fanfarronear.

Eran las 3:30 am, para entonces a Yayo su madre le hacía un lavado de ojos para aliviar la irritación provocada por los estallidos. Lucy decidió que nadie saldría de su casa al otro día. Jaime se reportaría a su trabajo y se haría cargo de su hermana y sobrino.

A eso de las 7 am Hernán subió a la azotea a echar un vistazo de la situación en la calle. Era un día despejado, pero aún olía a pólvora y madera quemada. La entrada de la preparatoria estaba custodiada por una patrulla de la policía. El Ejército se había retirado, pero dejaba un retén en la esquina de Justo Sierra y Argentina, a la altura de la librería Porrúa. Hernán bajó al departamento y encontró a los estudiantes abrazándose amontonados unos sobre otros como luego de una orgía de terror. Su benefactor había tomado una riesgosa decisión. Se las comunicó con tono que no permite réplicas.

—Pueden irse de dos en dos, caminen una cuadra hacia el poniente a la calle del Carmen y den vuelta a la derecha hasta llegar a Tepito. Ahí estarán a salvo y cada quien podrá regresar a sus casas como pueda.

De una caja de galletas metálica que guardaba en su clóset sacó un montón de monedas de a peso que repartió entre la mayoría de los estudiantes para ayudarlos con los pasajes. A otros más les regaló camisas y playeras para que se cambiaran las que traían, rasgadas u orinadas.

Cada media hora, con la fusca en mano oculta por la espalda, acompañaba a una pareja hasta la entrada, ahí comprobaba que no había peligro antes de dejarlos salir. Durante todo ese tiempo preparó café para todos en una olla.

Cuando salió el último estudiante, Hernán se dirigió a casa de sus hermanos. Eran casi las 6 pm del 29 de agosto de 1968. Los encontró en pijama, sentados en la sala fumando nerviosos, acompañados de una taza de café. Comenzaron a intercambiar experiencias y hasta ese momento repararon en el peligro que habían corrido. Se abrazaron para darse ánimos.

Una hora después, Hernán regresó a su domicilio. Lucy y Jaime se pusieron a preparar la cena para Mamá Pita, que vivía en el departamento de arriba, sola. No se enteró de nada la viejecilla soreque y gruñona. Dormía en su cuarto con la tele prendida como era su costumbre. Nunca preguntó por qué había tantos vidrios rotos en la estancia. Yayo preguntó si lo llevarían a jugar béisbol el sábado a los campos de la Ciudad Deportiva.

—¿Qué? —gritó la viejilla desde su sillón frente a la tele.

Yayo repitió su petición dirigiéndose a la abuela, temible por sus regaños.

—Ay, niño, qué lata das, si ya no quieres ir a la escuela que te metan a trabajar a la cantina de Papá Ricardo, para que aprendas de la vida, vaquetón.

Nadie le mencionó lo que había ocurrido en la víspera. Mamá Pita se enteró hasta mucho después y nunca creyó la historia.

Fuente > gacetaunam.mx

El bazucazo en San Ildefonso, agosto de 1968.

"Considero que el deber del escritor es abrir el campo de la experiencia", señaló el yucateco Juan García Ponce en 2001, al obtener el Premio Juan Rulfo de la FIL Guadalajara. Aunque deteriorado por la esclerosis múltiple desde joven y hasta su muerte —en 2003—, su obra es extensa y también intensa. Abarca cuento, novela, guión, dramaturgia, ensayo, traducción. En los años ochenta, un estudiante de Letras francesas en la UNAM fue su amanuense y se privilegió del contacto con uno de nuestros autores más notables. Aquí, la historia.

CON JUAN GARCÍA PONCE:

MEMORIAS DE UN ESCRIBA

JOSÉ ANTONIO LUGO
@JosAntonioLugo

A Hernán Lara Zavala

"Juan García Ponce solicita ayudante. Comunicarse con Meche". Así decía el letrero pegado en uno de los pilares de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Venía un teléfono. Llamé e hice una cita. Los requisitos eran tener una letra manuscrita legible y escribir bien a máquina. Me recibieron su hija Mercedes y el maestro en su silla de ruedas, empujada por su enfermera Angelina Jasso (quien falleció este mismo 2020). Meche me hizo una prueba. Juan me preguntó qué estaba leyendo. Llevaba un número de la revista *Palos de la Crítica*, donde habían publicado un cuento de Bataille. Le comenté que había estudiado con los maristas. Quedó de hablarme en un par de días, pero en la puerta me alcanzó Meche para preguntarme si podía empezar de inmediato, al día siguiente. En la arrogancia de mis veinte años, le pedí que me diera dos días para poder pensarlo. Dije que sí, afortunadamente.

El 5 de febrero de 1981 llegué poco antes de las 11 de la mañana. Eugenia, la cocinera, me abrió la puerta. Atravesé una sala con una alfombra color mamey oscuro. Libreros de un metro de altura se encontraban adosados a la pared. Pinturas en la parte de arriba. Un pequeño comedor debajo del cuadro *Destrucción de un orden*, de Vicente Rojo. Una cama esquinada como si fuera una sala. Al fondo, el estudio. En él, una mesa, réplica de la de Robert Musil y una ventana que daba a un patio interior. Sobre la mesa, piedras y contenedores de cerámica para las plumas. Una Olivetti Lettera 32 verde. Y las fotos enmarcadas de sus escritores favoritos. Mencionaré solamente a cinco de ellos:

1) La máscara mortuoria de Robert Musil, quien le enseñó que la literatura es "el medio propicio para tratar de poner a prueba nuevas posibilidades de vivir una vida que sea diferente a la vida".[1]

2) La foto de Pierre Klossowski, quien creó a Roberte, el signo único:

> Si abandonar el signo es imposible, tanto para Klossowski como para cualquiera que haya entrado al círculo donde ejerce la radical fascinación de su absoluto poder de coherencia, hay que encontrar continuamente nuevas formas de representación que lo hagan aparecer una vez más en tanto están obligadas siempre a ir más allá, esas formas hacen también cada vez más evidente al modelo en la [*sic*] que vuelve a representarse el signo.[2]

3) La foto del francés Marcel Proust, quien escribió:

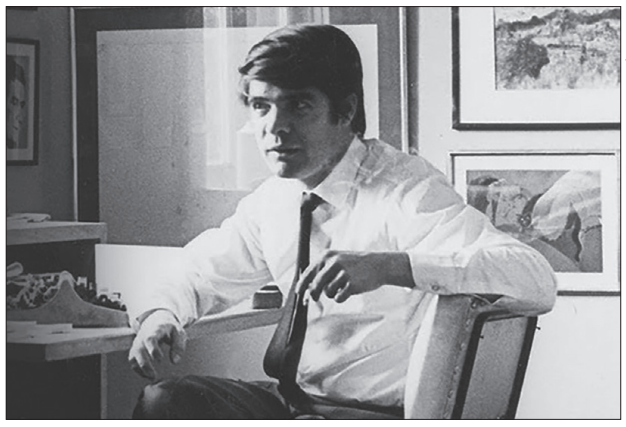
> Albertine es inapresable. Pero mientras es su prisionera sólo hay dos maneras mediante las que el narrador siente que la posee verdaderamente: cuando la suma, la identifica o la superpone a una obra de arte o, lo que es mucho más perturbador, cuando, gracias al hecho de que Albertine está sumergida en un sueño profundo y por tanto cerrada enteramente en sí misma, el narrador puede contemplarla como si fuera un objeto, una cosa, casi también sería legítimo decir como si fuera una muerta, un cadáver.[3]

4) La de Heimito von Doderer. En su libro *Ante los demonios*, Juan García Ponce escribe esto, que muy bien podría condensar el espíritu de todos sus ensayos literarios: "¿Cuál otra puede ser la función de la crítica más que contar explicando?".[4]

5) La de Thomas Mann: "Es antes que nada y por encima de todo el Elegido, es aquel que logra que desde lo monstruoso florezca lo perfecto y hablando desde nadie se convierte en todos y nos devuelve nuestra propia voz".[5]

Era como si con esas fotos invocara la presencia, en el espacio de creación, de escritores que alimentaron su alma y su obra.

Yo no sabía todo eso cuando llegué. Me pidió que colocara una hoja en la máquina de escribir y me dictó: "Desde



Fuente > youtube.com

Juan García Ponce (1932-2003).

un principio Inmaculada pareció haber sido elegida para el mal". Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Vestido de negro —pantalón de pana y suéter—, mocasines, las manos cruzadas sobre las piernas, los lentes de metal, bien peinado, su voz cavernosa que con el tiempo se fue haciendo casi ininteligible.

Me dictaba... Las frases salían de su boca y yo las colocaba en el papel al empujar las teclas. Y veía aparecer a Inmaculada que cada día exploraba su sensualidad. El capítulo que el lector leería en minutos en el libro impreso, ¡cuántas horas de trabajo tenía detrás! Así era cada día, de lunes a viernes. A veces, de repente hacía una pausa y me dictaba un ensayo o la presentación para un catálogo.

Fueron cuatro años. A lo largo de ese tiempo, Angélica Colín, mi novia de esa época, quien estudiaba Letras Francesas conmigo y era sobrecargo de Mexicana, le traía de Estados Unidos las medicinas que el neurólogo le recetaba y no se conseguían aquí.

En esos años me dictó la primera versión de *Inmaculada o los placeres de la inocencia*: 1,184 páginas, lo recuerdo bien. La narración estaba llena de los andamiajes psicológicos que, en la versión definitiva, Juan hizo a un lado, como el pintor, una vez terminado el mural. La versión definitiva es mucho más corta.

Después de dos horas, me decía: "Hasta aquí llegó Colón, hasta aquí sus carabelas". Tocaba el timbre y reaparecía

Angelina para llevárselo. Era un ritual que no fallaba. Alguna vez llegué y había varios artistas dormidos en la sala. Juan salió de su habitación. La noche había sido larga. Se notaban los estragos de la falta de sueño y del alcohol. Lo más sencillo hubiera sido que me pidiera volver al día siguiente. No. Con voluntad de rinoceronte entramos al estudio y me dictó, en lugar de cuatro cuartillas, cuatro párrafos, que al día siguiente fueron descartados. Pero ese día no dejó de escribir, como si en ello le fuera la vida. Así era, en efecto.

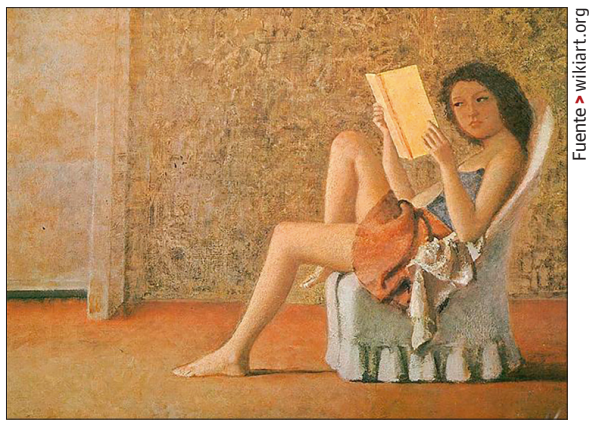
DURANTE EL DICTADO de la novela, me pedía de pronto que abriera el libro dedicado a Balthus, publicado por Skira, en el cuadro *Katia lisant* (*Katia leyendo*). Katia es Inmaculada, con su rostro ovalado, leyendo... También, a veces, que desplegara el cuadro *La Rue* (*La calle*). El hombre de blanco que carga una viga es Arnulfo, el enfermero de la clínica del doctor Ballester. Los cuadros no sólo creaban una atmósfera, era como si se conectaran con la escritura de la novela y le dieran forma.

A lo largo de los primeros años en los que cada mañana iba a su casa, yo casi no hablaba. Contestaba si me hacía una pregunta y me negaba a dar una opinión propia. Tenía miedo de decir una tontería. Con el paso del tiempo gané confianza. Un día me dijo: "Conozco todo el teatro universal". Le respondí: "Todo mundo sabe de tu IQ. Parece, sin embargo, una afirmación aventurada". Respondió: "Durante diez años leí una obra de teatro todos los días. Conozco todo el teatro universal". Así era Juan. Había leído todo y lo tenía bien estructurado en su cabeza, a partir de ideas fundamentales: la imposibilidad del amor; la literatura como el espacio que permite explorar profundidades que no se pueden expresar sin ella; la mujer como signo; la representación como forma de romper la inmovilidad de la muerte; la inapresabilidad de la belleza.

Me regalaba algo en mis cumpleaños. Una vez fue el *Diario* de Paul Klee. Otra, una serigrafía de Felguérez del libro *Diferencia y continuidad*, cuyos aforismos él me había dictado. Otro año me dijo: "Mis hijos no están y Angelina no puede escoger un libro para ti. Elige el que quieras de mi biblioteca. Es tuyo".

Era obvio que no iba a quitarle ninguno de sus libros. Decidí pensarlo al revés. ¿Cuál libro le pediría, si fuera el caso? Obvio, el de Balthus. Fui a la Librería Francesa y lo compré. Al día siguiente lo puse sobre la mesa que estaba a la izquierda del sillón donde lo esperaba. "¿Y ese libro?". "Es el que me compraste". "Qué buen gusto tengo", me dijo, y sonrió, con esa sonrisa que casi era una mueca.

"SE NOTABAN LOS ESTRAGOS DEL ALCOHOL... ME DICTÓ CUATRO PÁRRAFOS, QUE AL DÍA SIGUIENTE FUERON DESCARTADOS. PERO ESE DÍA NO DEJÓ DE ESCRIBIR".



Fuente > wikiart.org

Balthus, *Katia leyendo*, pintura al temple, detalle, 1974.

CUATRO AÑOS DESPUÉS decidí que mi ciclo se había cerrado. Necesitaba buscar otros horizontes. La brecha entre lo que Juan escribía y mis lamentables y tímidos escritos era demasiado amplia. Quería hacer algo diferente. Le avisé. Me pidió que no me fuera sin dejar alguien en mi lugar. Le presenté a Andrés Ordóñez, quien llegó a ser embajador de México en Marruecos y hoy es el Director del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en Madrid.

El último día me dijo: "Hasta aquí llegó Colón. Hasta aquí sus carabelas". Respondí: "Gracias por todo". Contestó: "Ojalá llegues a presidente". "Sabes que no llegaré y que no me interesa". Dijo: "Lo sé. Aunque no lo quieras, sólo vas a ser *un vil escritor*". Las lágrimas empañaron mis anteojos —y he de decirlo, también los de él.

A partir de esa fecha me invitaba un par de veces al año a cenar a su casa. Eugenia hacía la cena y Angelina servía los tragos. Yo había escrito un libro sobre él: *La inocente perversión: Mirada y palabra en Juan García Ponce*. Le pedí que leyera el manuscrito inédito. Me convidó a cenar. Yo esperaba aterrado una crítica demoledora. Al final comentó algunas imprecisiones biográficas y dijo: "Escribes muy bien". Salí de su casa a la una de la mañana. Manejé por la ciudad desierta. Me sentía como si me hubieran armado caballero en la Edad Media. El libro ganó la mención honorífica del José Revueltas e inauguró la colección El centauro.

SER SU ESCRIBA definió mi vida en muchos sentidos. Estando con él solicité una beca de narrativa que otorgaba Bellas Artes. Nuestro tutor —de Fabio Morábito, Saúl Millán, Mauricio Carrera y mío— fue Alejandro Rossi (existe una foto hermosa donde están Alejandro y Juan, con Juan García Oteyza en medio, debajo del cuadro de Rojo en la sala). Rossi fue para mí otro maestro excepcional; un día le habló de mí a Enrique Krauze, quien me recomendó para que escribiera discursos en la Presidencia. De modo que, de una extraña manera, y desde la condición no de presidente, sino de "vil escritor", la profecía de Juan se cumplió.

Llegué a la casa de Juan, en Alberto Zamora 64, en Coyoacán, a los veintiún años y salí de 25. Fue mi periodo de iniciación. Mi primera nota publicada fue sobre *De Ánima*, él me dijo que se la llevara a José de la Colina al suplemento de *Novedades*. Tardé semanas de gastritis para escribir cuartilla y media. Tuve otros privilegios. Uno de los más grandes fue contar con sus lecturas guiadas. Cuando me dictó el ensayo "Auto de Fe" o el que escribió sobre Malcolm Lowry, me preguntó si había leído a Canetti o *Bajo el volcán*. Respondí que no. Dejaba que me llevara los libros —o yo los compraba en El Parnaso. Me apresuraba a leer todo lo que podía para no ser un escriba pasivo, para saber de lo que me estaba dictando.

Conocí a Meche Oteyza, mamá de Juan y Meche García Oteyza, sus hijos; a Manuel Felguérez, a Huberto Batis, a Juan Vicente Melo. Era yo estudiante y Hernán Lara Zavala, muy amigo de Juan, era el coordinador de Letras Modernas. Hablábamos con frecuencia de él, como lo hemos seguido haciendo desde entonces.

EL NARRADOR de *Los demonios*, de Heimito von Doderer, afirma al final de la novela:

> El tren se aleja hasta perderse en la oscuridad mientras los pañuelos blancos de los miembros de "Nuestro grupo" que han ido a despedirlos parecen una bandada de mariposas. Entonces el cronista von Geyrenhoff dice: "En esos segundos me pareció que nunca más la vería ni a ninguno de los miembros del grupo que permanecían con los brazos en alto y movibles pañuelos en la casi desierta plataforma —nunca más en esta vida".[6]

Cuando Juan cumplió 60 años, en 1992, la Facultad de Filosofía y Letras le organizó un homenaje. Aún conservo el poster, en el que un diseñador genial —Gustavo Amézaga— puso un ojo en boca del autor. Juan me invitó. Estuvimos en esa mesa Alberto Castro Leñero, Joaquín Armando Chacón, Manuel Felguérez, Juan José Gurrola, Hernán Lara Zavala, Juan Vicente Melo, Guillermo Samperio, Esther Seligson y Roberto Vallarino. En 2020 sólo vivimos Alberto, Joaquín Armando, Hernán y yo. Siento lo mismo que Von Geyrenhoff.

Después de mí fue escriba durante un breve tiempo Andrés Ordóñez y luego Graciela Martínez-Zalce. Después y hasta el final mi amiga María Luisa Herrera, quien me dijo un día que fui a la casa de ella y de David: "Cada quien tuvo su Juan".

UNA VEZ le pregunté a Juan por qué me había elegido. Los requisitos eran tan sencillos. Y, sin embargo, había dejado pasar a muchos aspirantes. Me contestó que fue por *feeling*.

Lo cierto es que me saqué el Premio Mayor de la Lotería. Fue una experiencia única y profunda, llena de amor a la literatura y a la vida. Gracias, maestro; gracias, Juan.

NOTAS

[1] Citado por Juan García Ponce, *Las huellas de la voz*, Ediciones Coma, México, 1982, p. 430.
[2] *Ibid.*, p. 464.
[3] Citado por Juan García Ponce, *Imágenes y visiones*, Editorial Vuelta, México, 1988, p. 88.
[4] Juan García Ponce, *Ante los demonios*, UNAM, México, 1993, p. 11.
[5] Citado en *Las huellas de la voz*, *op. cit.*, p. 363.
[6] Citado en *Ante los demonios*, *op. cit.*, p. 73.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charfornication

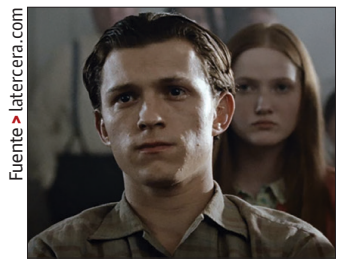
UN ESTUDIO SOBRE EL MAL

DONALD RAY POLLOCK debutó en 2008 con *Knockemstiff*, un libro de relatos crudos y violentos. Todas las tramas se desarrollan en el pueblo que da nombre al título. Un lugar que en efecto existe. Está ubicado en Ohio. Y sirve de escenario para las amargas historias que su autor despliega sin concesiones de ningún tipo. Las primeras cien páginas te roban el aliento, pero luego se torna un tanto repetitivo, al punto de que el efecto logrado comienza a desvanecerse. El impacto pierde fuerza. Sin embargo, algo queda claro: estamos ante un escritor diferente. Sí, emparentado con Cormac McCarthy, pero más extremo en su exploración de lo siniestro.

La misma indagación sobre el mal que se despliega en *Knockemstiff* pone en marcha *El diablo a todas horas* (2011). Novela en la que se basa la película del mismo nombre que acaba de estrenarse en Netflix. Y como contadas veces ocurre, la versión cinematográfica no desmerece frente a la fuerza de las páginas de Ray Pollock. La labor de Antonio Campos es impecable. Corre riesgos inusitados para cualquier director en estos días. Y sale brillantemente librado. Él mismo es el encargado de la adaptación y al final no deja uno de asombrarse. Quizá ni el mismo Ray Pollock lo hubiera hecho mejor.

El diablo a todas horas es el asesinato que impregna las miserables vidas de los habitantes de Knockemstiff. Y aunque Ray Pollock nunca habla del mal en términos metafísicos, una lectura de la novela se conecta directamente con las teorías del mal en Norteamérica de William Burroughs. Lo malvado parece emerger de la tierra misma. En determinadas regiones del sur parece que nada pudiera salir bien. Que todos los que pisan esas coordenadas están condenados a encontrarse con la muerte mucho antes de lo previsto. Aquí el trabajo de Ray Pollock se emparenta con *True Detective*. Pero lo que ocurre en Knockemstiff es todavía más sanguinario y sin un marco filosófico como el que se plantea en la serie.

El desmadre arranca con la historia de Willard Rusell, un cuasi *redneck*, que regresa de la guerra a su natal Ohio, se casa y procrea un hijo, Alvin. Aquí se presenta la primera bronca por parte de la narrativa. Una historia que empieza en presente avanza hacia atrás en pretérito, pero las habilidades del guionista hacen que no perdamos el hilo en ningún momento. Son más de dos horas en pantalla (que ni se sienten). Entonces comienzan las tragedias, la esposa


Fuente > latercera.com

"LA MISMA INDAGACIÓN SOBRE EL MAL PONE EN MARCHA *EL DIABLO A TODAS HORAS*".

de Willard es fulminada por el cáncer. Él obliga a su hijo a rezar en un altar improvisado en el bosque. Willard ofrece en sacrificio al perro, la mascota de la familia, después se suicida. Y aquí empieza la odisea de Alvin. A partir de este momento se muda con su abuela materna y con su tío, las únicas personas que le quedan en la faz de la Tierra.

Pero no es el único huérfano, Lenora también perdió a sus padres, su madre es asesinada por su esposo, un pastor que pretendía resucitarla con la ayuda de Dios; también termina en casa de la abuela. Será ella la figura sobre la que el devenir de Alvin cobre sentido. Protegerla es una especie de misión divina. Y aquí otro de los enormes recursos de Ray Pollock. De quién habrá que defender a los inocentes si no de la iglesia misma. Lenora será una de las tantas víctimas del pastor Teagardin, en esta película de factura perfecta el único que no está a la altura es Robert Pattison, quien la embarazará y la orillará al suicidio. Lo que desata la necesidad de venganza en Alvin.

Paralelamente, como en las mejores películas de serie b, se desarrolla la historia de Carl y Sandy Henderson, dos asesinos seriales que secuestran y descuartizan a hombres que recogen a orillas de la carretera (Alec Baldwin habría estado genial en el papel de Carl). Muerte, muerte y más muerte es lo que atestiguamos en las más de dos horas que dura la cinta. Que parecería flaquear cuando se descubre que la pistola de Sandy tiene balas de salva. Algo que nunca es mencionado y se cuenta en retrospectiva. Pero como Antonio Campos es bastante hábil no parece sacado de la manga y soporta este contratiempo.

Hacia el final, Alvin y los psicópatas de la carretera cruzan caminos. Es cuando se cierra la pinza tejida con malicia por Ray Pollock. Para que Alvin por fin pueda dormir el sueño de los justicieros.

El diablo a todas horas es una película brutal, como la obra misma de Ray Pollock.

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA
@rogeliogarzap

MAESTRO BEETHOVEN

DESPIERTO con la estación Opus 94, *el lugar de la música*, donde recuerdan los 250 años del nacimiento de Ludwig van Beethoven. Salvo sus tres sesiones semanales, no había escuchado ni leído al respecto durante el encierro, pese a que en enero se anunciaron "miles de conciertos, exposiciones y simposios". La pandemia también ensordeció su cumpleaños. Como en aquel comercial en el que sonaba la Quinta Sinfonía a todo volumen y alguien gritaba: "¡Maestro Beethoven, bájele a su modular Zonda!". Pero el maestro ni en cuenta.

Es uno de los genios musicales de todos los tiempos. Niño prodigio a fuerza, pianista, director y compositor de nueve sinfonías, una ópera, dos misas, tres cantatas, treinta y dos sonatas para piano, cinco conciertos para piano, un concierto para violín, un triple concierto para violín, violonchelo y piano, dieciséis cuartetos de cuerdas, una fuga para cuarteto de cuerdas, diez sonatas para violín y piano, y diez oberturas.

Casi la mitad de esta obra la creó medio sordo, después de su etapa clásica en la que todavía escuchaba en estéreo. Empezó a perder el oído izquierdo en 1798, durante su periodo romántico, en el que usaba inventos como las trompetas de oído y las varillas auditivas entre los dientes y el piano. Cuando se estrenó la Novena Sinfonía en 1824, lo ovacionaron de pie. Pero el maestro ni en cuenta. La cantante Caroline Unger tuvo que girarlo ante el respetable. Fue la última vez que apareció en público. Se comunicaba por escrito en sus *Cuadernos de conversaciones* y a través de su música más introspectiva.

Fuente > newstatesman.com

"ERA HURAÑO, DESALIÑADO, DESCONFIADO... AUNQUE SE COTIZABA, NUNCA TENÍA DINERO".

Como a la mayoría de los genios, a Beethoven era mejor admirarlo de lejos. Era un hombre huraño, con muy mala suerte en el amor, iracundo y malhumorado, desaliñado, desconfiado y, aunque se cotizaba, nunca tenía dinero. Mucho tuvo que ver la salud tortuosa que padeció desde joven: dolor de estómago y diarrea crónicos, depresión, bipolaridad, tinnitus, pancreatitis, reumas articulares y neumonía. Murió de cirrosis hepática, a los cincuenta y siete años, en marzo de 1827.

La influencia de Beethoven ha sido como la onda acuática de una piedra en la música, el tiempo y el espacio: el disco de oro del Voyager incluye el primer movimiento de la Quinta Sinfonía, "Allegro con brio", con sus cuatro notas portentosas. Es el músico que unió la alta cultura con la popular, por eso se le reconoce como el primer *rockstar*: quince mil personas asistieron a su funeral. Abrevaron en su música Chuck Berry, The Who, The Beatles, Pink Floyd, Electric Light Orchestra, Emerson, Lake & Palmer, Deep Purple, Rainbow, Black Sabbath, Genesis, Nine Inch Nails y Miguel Ríos con su versión del "Himno a la Alegría" de Schiller. *Roll Over Beethoven*.

ESGRIMA

Por
MIXAR LÓPEZ
@nomenclatura

JOSÉ MARÍA YAZPIK
RECUPERAR LO QUE FUIMOS

Comenzó su carrera en la pantalla chica pero supo despuntar al gran formato, trabajando con directores de cine como Felipe Cazals, Pedro Almodóvar, Luis Estrada, Ernesto Contreras y Diego Luna. En esta entrevista habla de sus inicios en teatro, su infancia, la paternidad, la dirección cinematográfica y también la cocaína. Además ahondamos en su ópera prima como director: *Polvo* (2019).

¿Cómo es ser hijo de un ginecólogo?
Cuando tenía ocho años le dije a mi papá que quería ser doctor, me dijo que estaba pendejo. A mí edad, él ya abría lagartijas y ratas, estaba claro que quería ser doctor; no estaba en mí esa vocación. Insistí; me invitó a una operación, me desmayé y nunca volví a pensar en eso.

Fue una niñez rara porque mi padre, aunque estaba presente, al mismo tiempo no estaba. Era un ginecólogo exitoso, viajaba, se salía para atender un parto aunque estuviera en mi cumpleaños. Por un lado estuvo bien porque nos dio cierta comodidad, aunque por otro lado lo extrañamos.

¿Qué recuerdas de La Jolla, en San Diego, lugar donde creciste?
No ver a mi papá; estaba con nosotros en la comida y nada más, porque cuando volvía ya estábamos en la cama. En San Diego la familia se unió mucho. Mis papás pensaban que nos iba a ir igual de bien allá, pero no fue así. Al llegar, mi papá no tenía pacientes, eso nos dio más tiempo con él. Empezamos a tener carencias económicas, pero lo suplió la unidad familiar; en lugar de jugar golf en el Campestre, nos íbamos a la playa.

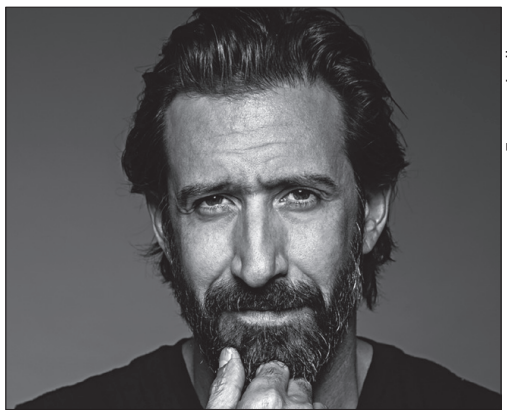
¿Y de San Ignacio, en Baja California?
La libertad absoluta. Llegamos a un pueblo de mil quinientas personas donde podíamos hacer lo que quisiéramos. Teníamos muchos primos y tíos que solamente nos advertían estar atentos a los camiones y los alacranes. Nada más. Nos íbamos a la presa a nadar, llevábamos navajas y rifles de municiones. Me di cuenta de que el dinero no es importante, sino hacer lo que uno quiere. Así he tratado de llevar mi carrera.

¿Cuáles son los recuerdos de tu niñez que permean más tu filmografía?
El juego, como dicen los ingleses, *the play*. Ser actor te da el beneficio de tener siete años toda la vida. De niño me encantaba jugar a policías y ladrones y eso lo puedo seguir haciendo en una película, en la serie *Narcos* o donde sea. Al actuar recupero esas sensaciones de infancia.

Hay una película que, hablando de lo actoral, cambió mi trayectoria: *Las vueltas del Citrillo*, de Felipe Cazals (2005). En ella aprendí realmente a jugar actuando. En esa época tenía participaciones chicas en cintas, de repente hago el *casting* y me topo con Cazals; le tenía terror por lo que había escuchado de él. Era severo, incluso agresivo, exigía mucho. Fue militar y es un director que te puede sacar a madrazos del set. Era un proyecto muy complicado, porque es la historia de unos borrachos que toman pulque todo el día, militares de la levita en 1903, con una historia oscura, diálogos difíciles.

¿Cómo fue tu primer encuentro con el teatro?
Estaba en la primaria e hicimos *Our Town* (*Nuestro pueblo*), obra de Thornton Wilder. Me acuerdo de haber interpretado al viejito; me gustó encorvarme, pintarme el pelo de blanco, moverme más lento. Mis compañeros se reían, porque me lo estaba tomando muy en serio. No es que ahí hubiera decidido ser actor, simplemente me gustó la sensación, me gustó jugar con mi cuerpo.

Háblame de la mancuerna entre José María Yazpik y Diego Luna.
Nos conocimos haciendo la telenovela *La vida en el espejo*, donde actuamos de hermanos; desde ahí ya no nos soltamos. Diego cambió mi vida, no sólo me ofreció su amistad, me ayudó mucho en la carrera. Las primeras películas que hice fueron gracias a él. En *Nicotina* él le dijo al director Hugo Rodríguez que me incluyera; me dio oportunidad en un par de obras de teatro. Ese cabrón da dos pasos y voltea a ver a quién le puede dar la mano; es de una humanidad importante. Además es uno de los hombres más listos que he conocido. Es mi compadre, cuando tenemos problemas nos alivianamos.


Fuente > imdb.com

José María Yazpik (1970).

En *Abel*, Diego no quería que yo fuera el protagonista, tuve que engordar para hacer *casting* y que me diera el papel. Fue muy especial ser parte de su primera ficción como director, me enseñó cómo trabajar desde el amor. Es una persona muy querida en el medio. Hace las cosas a partir del respeto hacia la gente.

Desde* Nicotina*, pasando por* Voces inocentes, Un mundo maravilloso, Abel, Colosio: el asesinato, Las oscuras primaveras, Sr. Pig, Todo el mundo ama a alguien *y* Polvo*, ¿cuál consideras que ha sido tu trabajo más honesto?
Polvo, porque soy yo desde la concepción. Es muy distinto hacer una reflexión sobre quién eres y qué has hecho de tu vida, *versus* entrarle al guión y a la idea de otra persona.

¿De dónde proviene el argumento de* Polvo*, del cargamento de cocaína que es arrojado desde el aire sobre el pueblo de San Ignacio?
Una amigo colombiano me contó que allá, unos narcos aventaron paquetes de cocaína y cayeron en un pueblo, entonces la gente se desmadró. Llegaron los narcotraficantes y a la hora de recuperar los paquetes, mataron a todo el poblado. La premisa de la cinta es que una persona tiene que volver a sus raíces para cuestionar las decisiones que ha tomado en su vida. Una especie de Ulises, de *La Ilíada*, que regresa después de años de ausencia.

¿Qué escuchas, en qué piensas cuando alguien pronuncia la palabra* cocaína*?
Recuerdo Tijuana. Ir a la escuela haciendo *carpool* con narcojuniors que me pedían cruzar una *pick-up* a San Diego los fines de semana. En esa etapa yo no tenía dinero y me tentaba la idea de ganar cinco mil dólares cruzando un camión; por fortuna, la educación que me dieron mis papás me zafó de todo eso. Tuve encuentros cercanos con la coca, desde los que la distribuían, hasta las fiestas; vi cómo se fue transformando la sociedad a partir de ella. Los hijos de los narcos eran tranquilos, venían de familias que tenían educación, provenían de una clase media acomodada. Íbamos a una escuela privada de hombres en Estados Unidos, el St. Augustine High School. Imagínate darle *raite* a un cabrón, cobrarle cinco dólares y luego enterarte de que es gatillero. Dentro de ese círculo mataron a varios; el resto está en el bote. Estuve cerca de que me tocara.

> "IMAGÍNATE DARLE *RAITE* A UN CABRÓN, COBRARLE CINCO DÓLARES Y LUEGO ENTERARTE DE QUE ES GATILLERO... ESTUVE CERCA DE QUE ME TOCARA".

¿Filmar es un acto de supervivencia?
Es un acto que pretende que el momento sobreviva.

¿Qué es para ti la paternidad?
Todo. Volver a aprender. El amor absoluto y el terror más atroz, porque así como se te abren los canales del amor y la comprensión, llegan las visiones de la pérdida.